



Año I.

Madrid 1º de Mayo de 1866.

N. XXXI.

INSTRUCCION Y TRABAJO.



o solo con la limosna se ejercita la Caridad, no solo con el socorro inmediato de las necesidades de los pobres se practica esa virtud, dulce y consoladora emanación del cielo, bálsamo que calma muchísimas amarguras y que hace esperar mejores días para los desgraciados.

No es únicamente al mendigo que implora la Caridad pública á quien se ha de atender si algun remedio han de encontrar las necesidades.

Hay en la sociedad además de los pobres que tienen su mano al transeunte, clases enteras para las cuales es preciso toda protección á fin de evitar los males que trae consigo esa miseria oculta, esa miseria que no puede presentarse á la luz del sol: que pasa sus dolores en el seno de la familia, sin poder pedir una limosna, buscando el trabajo por todos los medios posibles y tal vez no encontrándolo.

La instrucción y el trabajo son dos eficaces lenitivos para la corrupción y para la miseria.

La instrucción y el trabajo pueden salvar á una nación de esa terrible calamidad que se apellida pauperismo de donde han surgido muchas veces los grandes trastornos sociales.

Esas dos fuentes de prosperidad pública, poniendo sus lenitivos á la miseria, presentando obstáculos, al crimen y desvaneciendo las sombras de la ignorancia bastan, por sí solas, para evitar que los males tomen incremento.

Hay clases en la sociedad que no ven, como hemos dicho anteriormente, mitigados sus dolores con la limosna que se les da, clases que exigen otro género de protección.

A los que necesitan instrucción es indispensable concedérsela.

A los que en el trabajo encuentran sus medios de vida es necesario proporcionárselo.

Para los primeros, organícese la enseñanza de modo que sus beneficios alcancen á todo el mundo: protéjase la propaganda de las publicaciones útiles; bórrense las cifras que elevan tan alto el número de los españoles que no saben leer; contribuyan todos los padres de familia á construir ese edificio de la pública prosperidad.

Para los segundos, para los que del trabajo viven, para las clases menos acomodadas, llévense á cabo, ya por el gobierno, ya por los particulares obras de verdadera utilidad; no se tema arriesgar capitales que han de producir beneficios á los mismos que los faciliten.

Constrúyanse edificios para la enseñanza en vez de plazas de toros.

La utilidad material del trabajo para los obreros y la moral para la nación con nada son comparables, ni con nada pueden sustituirse.

Las personas que lleven á cabo esos proyectos, ejercitan la Caridad espresando el amor á sus semejantes, el deseo del bienestar público.

Esa manifestación de la Caridad, tiene su recompensa en el mismo bien que produce.

Cuántos capitales que han desaparecido infructuosamente hubieran podido servir para la felicidad de muchas familias desgraciadas y aun de un pueblo enterito.

Por eso nosotros cuando vemos la protección al trabajo, y el deseo de que ese trabajo reporte benéficas consecuencias, no podemos menos de consagrar nuestro débil apoyo á los que así saben cumplir en la tierra su noble misión, alentando á

los que necesitan la bienhechora mano que los auxilia en el áspero camino de la vida.

La prensa debe contribuir al estímulo de los que miran por el bien de los desgraciados, y de los que sacrifican sus intereses, si es preciso, en beneficio del interés general: la prensa está en el caso de olvidarse de las cuestiones personales que á nada conducen y entrar de lleno en el examen de esos puntos gravísimos que tanta influencia pueden ejercer en la sociedad.

Por eso los periódicos literarios son los llamados á desempeñar ese importante papel y á proclamar en voz muy alta las necesidades de *instrucción y de trabajo* para las clases laboriosas.

El *Album de las familias* ha reclamado muchas veces la atención del gobierno y de los particulares sobre asuntos de una significación trascendental: ha buscado el apoyo de las personas ilustradas, para su ardua empresa y estas han acudido presurosas á ofrecer su óbolo á la grande obra.

Instrucción y trabajo; tal ha sido la enseña que hemos levantado para contribuir al progreso, en la verdadera acepción de la palabra.

La *Instrucción* basada en el principio religioso, en los deberes morales, hace de la mujer una consejera inteligente y virtuosa, pero la *instrucción* fundada también en el buen ejemplo de los padres.

La *protección al trabajo*, da recursos á los padres de familia, á los honrados artesanos para que no descuiden el alimento de la inteligencia, la buena lectura y la educación de sus hijos.

La *protección al trabajo* arranca á la ociosidad brazos que tal vez se ejercitarían en el vicio, disipa quizá la negra sombra de la miseria, sombra que oscurece la luz de la razón empujándola al abismo del mal.

Mucho falta aun para conseguir en España la base de la *instrucción*, para que sus frutos sean sazonados: para aumentar el número de lectores, para desterrar al enemigo de los pueblos, á la ignorancia.

No debe cesar pues ni un instante tan solo la improbable tarea de pedir cuantas reformas deben introducirse en ese ramo, fundamento esencial del porvenir de las naciones.

En cuanto á la *protección al trabajo* de poco tiempo á esta parte se nota una tendencia consoladora. Las personas que pueden hacer algo en beneficio de los que al trabajo se consagran ya física ya intelectualmente, no desoyen la voz de los que llaman á sus puertas y alentándolos contribuyen á realizar con sus esfuerzos obras de verdadera utilidad.

Hoy, afortunadamente, el espíritu humanitario inspira empresas de consecuencias inapreciables.

No hace muchos días nos ocupábamos de una obra llevada á cabo en las cercanías de Madrid, obra que ha proporcionado trabajo á muchas familias honradas y que mejorará en un todo la condición de una clase laboriosa y espuesta casi siempre al peligro que lleva consigo la inclemencia de las estaciones.

Una señora que ha dado repetidas pruebas de su

caridad, y cuyo nombre ignoran muchas veces hasta los mismos desgraciados á quienes prodiga sus consuelo, ha llevado á cabo esa obra en beneficio de las pobres mujeres que viven bajo la influencia de un sol ardiente en verano, y de la temperatura mas baja en invierno.

La construcción de un lavadero era una necesidad, porque se trata de la salud, de la vida de centenares de mujeres; dar importancia á lo que en si la tiene, justo es y digno de elogio.

Esa *protección al trabajo*, guiada por un sentimiento de caridad, vale mas que la ostentosa apariencia, que el mentido amor á sus semejantes con que algunos encubren el deseo de aplauso, la vanidad odiosa.

Mucho esperamos que se haga aun en la primera de las dos bases del porvenir de los pueblos, en la *Instrucción*.

Mucho pueden hacer en la segunda, *protegiendo el trabajo*, las almas generosas á quienes guía el noble anhelo de hacer bien.

No vemos nosotros á la sociedad por el prisma del desgraciado escéptico.

Creemos que con el ejemplo de los buenos ha de conseguirse mucho para mañana.

Sean frecuentes esos ejemplos: enseñémoslos como sagrada lección á nuestros hijos, y no ha de tardar mucho el día en que el bien, la verdad y la justicia tengan un asiento seguro entre nosotros.

E. Llofriu y Sagra.

DOLORA. (1)

LA AMBICION

(INÉDITA).

A un monte una vez subí
Y de cansado me eché,
Mas luego que lo bajé
De confiado caí.

Déjame, ambicion, aquí
Hasta morir, descansando:
¿Qué ganaré ambicionando,
Si cuanto más suba, entiendo,
Que me he de cansar subiendo
Y me he de caer bajando?

Campoamor.

(1) Suplicamos á los apreciables colegas que nos honran reproduciendo alguna composición inédita de *El Album de las familias* que se sirvan citar los dispensándonos este doble obsequio.

LAS NIÑAS Y LAS FLORES.

¡Oh! primavera, juventud del año.

¡Oh! juventud, primavera de la vida,

Migusan.

Nada mas hermoso que las niñas y las flores; nada mas encantador que una niña de quince años y una rosa en capullo. Están tan intimamente unidas las jóvenes y las flores, que son una misma obra dividida en infinitos tomos, un mismo cuadro pintado con diversas tintas y distintos colores.

La rosa retrata, tal vez mejor que ninguna, á la mujer, ha dicho un distinguido escritor. A nosotros nos parece que la variedad de las flores copia al natural la diversidad de sentimientos que caracteriza á las mujeres.

La violeta; esa flor sencilla y modesta, oculta en el follaje, es la mujer, recojida en el hogar doméstico, de humildes y dulces aspiraciones, la que reconcentra su pensamiento en el cariño de los suyos, la que para vivir le basta la tranquilidad y el recogimiento de su casa, la que en fin, no espone su hermosura á las miradas de la multitud.

La camelia: esa flor hermosa elejida por las bellas elegantes; esa flor de tan preciosa forma que se destaca erguida de su tallo, y balancea en el espacio su magnífica corola sin perfumar el ambiente; esa flor sin aroma es la mujer sin corazón; es la orgullosa coqueta que recorre el ámbito del mundo, sin dejar tras sí el mas leve é insignificante recuerdo de amor y de ternura, la mujer que se busca para el adorno de los salones y á la que se admira un momento para olvidarla después.

La camelia se busca en los palacios donde el sentimiento muere al nacer. Se la reservan magníficos jarrones del Japon y se esponen en las galerías que dan paso á los salones cuya espléndida hermosura admira la elegante y perfumada multitud; pero no la busqueis en el misterioso gabinete que reserva la mujer para sus sueños y sus delirios, ni en el blanco dormitorio de la casta virgen donde solo encontrareis lirios y azucenas eliótropos y jazmines, esas flores que hablan al alma y cuyos perfumes enloquecen nuestros sentidos.

La sensitiva: esa flor que al tocarla plega su corola y aprieta sus pétalos, es el retrato fiel de esas mugeres que parecen creadas por las brisas de los lagos, de tez de nieve, de cabellos de oro, de talles flexibles como los lirios de los valles, de hermosos ojos velados por el llanto, esas creaciones de sensibilidad exquisita, esas almas desterradas del cielo que viven con una sonrisa y mueren por una mirada.

La sensitiva y estas desgraciadas criaturas que viven solas y mueren mártires, son hermanas gemelas y una voz con dos ecos, un gemido en dos suspiros dividido.

La azucena: esa flor que se eleva orgullosa y gentil, con sus hojas de nieve y sus semillas de oro, es la muger de una alma elevada y pura; de frente serena, que se presenta en el mundo llevando por escudo la pureza de su sentimiento y la grandeza de su alma. ¡Qué hermosas son las azucenas! ¡Qué encantadoras son esas mugeres que se asemejan á estas níveas flores!

Si fuéramos á describir detenidamente la seme-

janza y la unidad que reinan entre las flores y las niñas, sería cuestión muy larga, muy profunda, y superior á nuestras fuerzas, por lo cual solo diremos para terminar estos pensamientos, cuanto nos agrada el adorno de las flores.

Nada mas poético ni mas encantador que entre unos rizados de ébano una rosa blanca, y oculto entre bucles de oro, un ramo de lilas. En Andalucía, en esa tierra de promisión donde las flores de entre las piedras brotan, es donde mejor que en parte alguna saben las jóvenes coronar su frente de blancos jazmines y purpúreas rosas y en particular las hijas del pueblo saben colocar con una inimitable gracia los rojos claveles que acarician sus hombros con languidez.

Las andaluzas aman las flores hasta tocar en el delirio.

Esas mugeres de imaginación ardiente y apasionada que han nacido y crecido en un verjel, miran las flores como una necesidad imperiosa de su vida; las necesitan en sus cabellos, en su tocador. En sus balcones son las mensajeras de sus amores, las que revelan sus sentimientos.

Los árabes en su significativo Selam cuentan una historia de amor y delirio, de recuerdos y de esperanzas.

Las flores son las letras del divino alfabeto que tomó el Señor en los valles y en las hermosas, en los bosques y en las montañas.

Las flores nos dan en su fragancia el purísimo aliento de Dios. Son el manto de gala con que se cubre la creación, son el último toque á los grandes cuadros de la vida. La desposada ciñe su frente de azahar que simboliza su pureza.

Cuando los guerreros vuelven victoriosos de los campos de batalla, reciben ramos y coronas de flores por premio de su heroísmo.

Las flores son la lengua universal. El español y el Aleman, el francés y el griego reciben un ramo de flores como emblema de un vínculo de paz.

¡Bendita la primavera que derrama sobre la tierra sus inagotables tesoros! Francisco primero decia que una corte sin mugeres era una primavera sin flores. Aquel gran rey resumia en su poético pensamiento los muchos volúmenes que se han escrito sobre las mujeres y las flores.

Nada mas triste que una flor arrancada de su tallo, muerta en la arena, y una frente de 15 años abrumada de dolor. Parece que el orbe se estremece en su base; parece que la naturaleza se conmueve para un choque violento y extraño, y todas sus leyes y sus costumbres contienen un terrible combate, dando por resultado la muerte del principio de la vida.

La mujer en su primera edad que generalmente está rodeada de los suyos, y que se contempla joven y hermosa; que vive bajo la benéfica sombra de sus padres, no comprende aun las terribles luchas de la vida. Por ley natural tiene que dibujar en sus labios la mas dulce sonrisa. Brilla en sus ojos la paz de su alma. Cuando estos labios exhalan un gemido; cuando estos ojos derraman un copioso llanto; cuando vemos que el dolor se adelanta disputando sus derechos á la feliz ignorancia de la primera edad y á veces la pobre sucumbe en la lucha, ¡cuan triste es contemplar su tumba! La tumba de una niña encierra la felicidad de un hombre: encierra una familia que tal vez diera al mundo grandes hombres.

Con la flor arrancada de su tallo por una mano despiadada, si por desgracia era la mas lozana que la

planta tenía y la que pudiera dejar mejor semilla ¡cuantos perfumes pierde el ambiente, y cuantas galas pierde el vergel!..

En el placer y en el dolor reina entre las niñas y las flores la union mas perfecta: unas y otras son el vestido de gala de la creacion. Desgraciado de aquel que las mira con indiferencia. Para él el mundo no puede ser mas que un desierto.

Si en medio de las desgracias de la vida nos conmueve el aroma de las flores; si sentimos algo cuando cruzamos con nuestra planta por los vergeles, demos gracias al Eterno que aun deja en nosotros un sentimiento de ternura, un átomo de felicidad.

Amalia Domingo y Soler.

FLOR DEL CAMPO (1).

¡Tan linda y sola! sufriendo
Del rojo sol los ardores
Irán tus vivos colores
Perdiendo el rico matiz:
¡Aguardas así, inclinada
En la orilla del camino
La mano de tu destino?
Sé mia.....—¡no eres feliz!—

Al menos, tu faz rosada
Del turbio arroyo sedienta,
Por villano insecto ajada
¡Oh dulce flor! no será;
Ni tu amarilla diadema
Dispersará el cierzo fiero,
Y el rudo pié del viajero
Tus hojas no pisará.

Si enemigo el sol de Estío,
De Otoño la lluvia ingrata,
Privan de vida la mata
Donde en buen hora te hallé;
Tú exenta, bella y lozana
¡Oh mi gentil Margarita!
Vivirás siempre inmarchita
En mi memoria y mi fé.

Cantaré tu esbelto tallo,
De tu faz las orlas rojas,
Diré de tus breves hojas
La peregrina labor;
Ni olvidaré de tu aroma
La emanacion siempre pura,
Ni ese, en tu agreste hermosura,
Tan descuidado primor.

Diré al nacer de la aurora,
Cuál tus hojas recortadas,
Se inclinan á tierra orladas
De trasparente cristal;
Y tu boton ocultándose

(1) La poetisa conocida con el pseudónimo Leon de la Vega, añadirá á este en adelante, las iniciales de su primer nombre y último apellido en la forma que lo hace en esta composicion.

Del follaje en la espesura
Cuando amenaza en la hondura
La furia del vendabal.

Y al menos..... tu faz rosada
Del turbio arroyo sedienta,
Por villano insecto ajada
¡Oh dulce flor! no será:
Ni tu amarilla diadema
Dispersará el cierzo fiero
Y el rudo pié del viajero
Tus hojas no pisará!

Leon de la Vega. (M. de R.)

Francfort M. Diciembre 1864.

AMOR DE HIJO.

LEYENDA POR ADOLFO MIRALLES DE IMPERIAL

(Conclusion.)

IV.

Virtud á prueba.

Todavía quedaban á Alfonso algunas gotas que apurar del cáliz de la amargura.

Mientras tuvo que derramar el sudor de su frente para conservar su vida y la del que se la habia dado, mientras necesitó de la limosna del prójimo, mientras la desgracia se ensañó mas y mas contra él, sus ojos se conservaron secos; ni una lágrima de dolor habia caido en sus mejillas, porque su entereza, y mucho más su resignacion, se lo impedían.

Y vedle hoy: anegado en llanto, ya con la vista fija en el cielo, ya cubriendo el rostro con sus manos, murmura entre dientes.

—Hágase en todo la voluntad de Dios.

Ni una queja sale de sus lábios, que si su corazón, frágil como humano, empieza á sentirla, se esfuerza, y la acalla y la ahoga, con un rico tesoro de religion y el bálsamo consolador de las lágrimas.

Ha muerto su padre.

La parálisis pudo desaparecer con los baños; pero su dolencia interior, progresando paulatinamente, le llegó á aniquilar en pocos minutos.

Alfonso le habia tenido en sus brazos hasta el último instante.

Ya está solo; al mirar aquel frio cadáver tendido en un monton de paja, llora, y llora sumido en la más profunda tristeza, porque el adios que pronunció el moribundo ha sido su palabra postrera.

Ya no volverá á llamar á su hijo.

Ya ha cerrado los ojos para siempre.

Dejad al huérfano que llora; es una necesidad el llanto cuando el corazón está desgarrado por un hondo pesar.

¡Pensamiento cruel! ¡Nacemos obligados por razon natural á ver morir, y despedirse para esa insondable sima que llaman la eternidad, á los seres que más queremos en la tierra! ¡Ver á las personas que nos tuvieron en sus brazos, que nos enseñaron á pronunciar las primeras palabras, que tanto nos idolatraban, convertidas en una estatua muda, en un cuerpo sin vida, que podrá recibir de sus hijos

pruebas de homenaje y de cariño, sin contestarles nunca con una sola expresion de consuelo!

Alfonso, con el rostro lleno de lágrimas, hizo todo lo necesario y lo posible para dar sepultura al cuerpo de su padre.

El entierro se verificó pobremente, porque no podia mas aquel hijo desventurado.

Miradle; parece que ya no llora. Sentado en el sitio en que recibió el beso y la bendicion suprema de su mejor amigo, reflexiona sin levantar la cabeza, que tiene inclinada sobre el pecho.

¿Por qué suspira con tanta pena?

¡Ay, que quiere secar la fuente de sus ojos. y ahoga su pesar despedazando su alma!

V.

El ángel protector.

Se iban haciendo muy públicas en Granada las desventuras del pobre Alfonso.

De boca en boca, y mas ó menos desfigurada la verdad, habia pasado su historia, de los pobres á la clase media, y de esta á las principales casas de la poblacion.

Los que se interesaban por su suerte le hacian algunos donativos de mayor ó menor cuantia, segun los medios que tenian disponibles.

Pero Alfonso pretendia ser maestro y no pasaba de pretenderlo.

El vulgo seguia murmurando.

Y aquel héroe, bendiciendo á Dios y colmado de esperanza.

¿Podria negarse la justicia del Ser Supremo? ¿Seria perfecto sin ella, siendo tal vez el primero de sus atributos?

Un dia amaneció mas puro para aquel desgraciado.

El presentimiento de haber conseguido sus deseos hervia en su corazon, y por eso encontraba mas risueña la aurora, mas bella la naturaleza, mas alegres los canto de las aves.

Y es porque los presentimientos hacen gozar ó sufrir como la realidad; es porque los presentimientos impresionan nuestra alma, como impresionan nuestro olfato el perfume de una rosa que no vemos.

Presentia el huérfano, y no en vano miró aquella mañana vivificarse la luz de su esperanza.

Un caballero granadino habia oido contar lo que estaba pasando á un hijo tan digno de mejor fortuna; tenia muy buenas relaciones, y se decidió á tomar el cargo que la Providencia le confiaba.

—Buenos dias, dijo entrando en la casa de Alfonso.

—Muy buenos dias, contestó este ofreciéndole asiento.

—He sabido, amigo mio, las continuas desgracias que está Vd. sufriendo. No se me ha ocultado nada. Se que trabaja Vd. en oficios mecánicos para ganar la subsistencia. Un jóven de tanto talento, y sobre todo de tanto corazon, no debe permanecer de esta manera. Dentro de pocos dias se verificarán unas oposiciones á la plaza de profesor de primera ensenanza de un pueblo de esta provincia; hay muchos opositores, pero todavía es tiempo de presentarse, y no dudo que usted....

—¡Gracias, gracias, señor! interrumpió Alfonso, sin poder contener dos gruesas lágrimas que bajaban por sus mejillas. Yo agradezco las bondades de usted, pero no dejo de conocer mi falta de instruccion.

—¿Tendria Vd, inconveniente en venirse conmigo?

—¿En este momento?

—Sí.

Y sin hablar mas palabra, Alfonso salió detrás de aquel caballero, desconocido para él, pero á quien ya miraba con el mayor cariño y respeto.

VI.

¡Gracias á Dios!

Ya tenemos á nuestro héroe en la escuela que dos meses atrás se habia anunciado vacante.

Su asidua aplicacion, ayudada por el talento de su protector, que le habia proporcionado no solo todos los libros que necesitaba, sino tambien las esplicaciones que le pudieran convenir, habia triunfado en los ejercicios hechos ante un severo tribunal.

Poco tiempo hacia que habitaba en el pueblo, y era ya querido por todos sin distincion. La noticia de su heroica virtud llegó junta con la de su nombramiento, y esa noticia habia preparado en su favor todos los ánimos.

Sus discípulos deseaban estar siempre á su lado, cosa que por primera vez les ocurría: él habia sabido captarse el afecto de sus corazones, y ellos, con el ejemplo de su maestro, ¿podrian dejar de ser buenos?

Despues pasó á otro pueblo, y en él ha desaparecido de las facciones de Alfonso las huellas que grabaron los pesares.

Dios, al crearnos, ha hecho que el tiempo y el hábito puedan aminorar y hasta hacer que desaparezcan los mas amargos dolores: de otro modo, ¿cuán poco duraria nuestra existencial!

Alfonso se ha casado en ese pueblo; ha tenido hijo, y vá aumentando su fortuna para poderles dejar un modesto patrimonio.

—Quiero legar á mis niños, dice, además de esta casa y de unos pocos bienes, el agradecimiento á nuestro protector, que procuraré se conserve como una herencia perpétua en mi familia, hácia el autor de mi fortuna y sus descendientes.

Hoy es feliz en los brazos de una amante esposa y de unos tiernos ánjeles que le rodean, haciéndole gozar infinitos placeres que su corazon comprendió en los tiempos de su infortunio, y que siempre habia deseado.

¿Lo dudais, lectores? ¿Creeis que es cuento hijo de mi fantasía? Pues id á Almachar, en la provincia de Málaga, leed estas lineas al maestro de escuela, y le escuchareis repetir con lágrimas de gratitud:

—Nunca dudé de Dios, y Dios no me ha desamparado.

EL SUICIDIO.

UNA LECCION Á LOS TONTOS.

I.

Figuraos lectores míos, que Inocencio era un jóven á quien venia su nombre tan de perilla, que confirmaba sin él saberlo, los menores actos de su existencia.

Era honrado, hasta llamarle sus amigos hombre de bien; crédulo hasta la ceguedad.

Fiel á su palabra hasta dejarse matar por ella.

Y capaz de amar hasta el punto de morir en aras de su amor.

Ya veis que en el siglo XIX estas son una porción de tonterías, capaces de dar á un joven, no el dictado de *inocente*, si no el de *pobre hombre tambien*.

Es lo cierto, que Inocencio se enamoró hasta los tuétanos de una muchacha coqueta en extremo, de un diablillo con faldas, tan disimulado como hermoso, que tenia tan pronto las lágrimas en los párpados, como la sonrisa en la encantadora boca, sin que sintiese por ello alegría ni tristeza alguna.

Tan bien supo fingir sus amores á Inocencio, que este creyó que le amaba con locura, y soñó unos amantes de Teruel, un Macías y una Elvira, ó cosa por el estilo, así es, que juraron ambos unirse, ó morir el uno por el otro si preciso fuese, ó si tratarán de separarlos.

Lineta, que tal se llamaba aquella traviesa muchacha, hizo juramentos, que ni los de doña Leonor, á su Trovador Manrique. ¡Es tan grato amar novelescamente!

Y luego, Lineta entonces no tenia novio, y era preciso tenerlo, para que rabiasen las otras muchachas.

Por lo tanto, el primer mártir que cayó fué aceptado y el pobre Inocencio se enamoró perdidamente y creyó á su adorado tormento, con mas perfecciones que una Lucrecia, ó una Susana, y mas constante que Atala, huyendo y muriendo por su amante en el desierto.

Pero ella, ni dejó sus manitas volubles por eso, ni pudo dejar de lanzar miradas como fósforos encendidos, á todo el buen mozo que la decia bella, ni perdió la esperanza de elegir cosa mejor que el pánfilo de su novio, el día que quisiera casarse.

Este día llegó, pues la pícar casualidad hizo que Lineta conociese en el Teatro á cierto personaje de posicion, que enamorado de su belleza y sin andarse en rodeos, la pidió á su padre con toda formalidad.

La niña, entretanto que su pretendiente hablaba con los padres, se asomó al balcón, vió que su nuevo futuro habia venido en carruaje, que este carruaje era propio y elegante.

Que traja lacayos, no vestidos como mozos de meson, sino con limpia y nuevecita librea, y dijo para sí llena de orgullo.—¡Este es el novio que me conviene!

Cuando la llamaron para saber su parecer, dijo que sí por tres veces, haciendo que se ponía colorada de rubor.

El novio aristócrata se fué mas ufano que Cortés cuando quemó las naves, y empezó á enviar regalos á su pimpollo, que ella recibió, poniendoselos veinte mil veces frente á su espejo, para asegurarse que la sentaban muy bien.

En seguida tomó la pluma y escribió á Inocencio.

—¡Me sacrifican, amor mío! Unos padres tiranos disponen de mí! ¡Huye de este pais y no vuelvas á verme! ¡Pronto descenderé al sepulcro y terminará mi odioso himeneo!

Entretanto, huye, y ruega por esta desgraciada que tanto te amó!

—La niña, que nada tenia de lerda no firmó la carta y hasta desfiguró la letra; pero para que no quedase duda á su amante que era de ella, se la hechó con su hilito por el balcón mas alto de la casa, haciendo á la vez que lloraba, y despidiendo

á su doncel, con un blanco pañuelo que agitó en el viento, como las damas de los castillos hacian desde la almenas, con aquellos donceles aguerridos, que iban á partir para la guerra ó á empeñarse en algun torneo.

Despues, se guardó muy bien de volver á asomarse y el pobre Inocencio pasó dias y dias rondándola para decirla que se moria de dolor, sin que pudiese verla por arte ni por parte, pero ella bien le veia á él asonadita como un conejo á cualquier claraboya de la cortina, y decia riendose con su doncella:

—¡Ese simplonazo, es capaz de estarse ahí, hasta que me vea salir en la carretela de mi esposo!

Lo cierto es, que empezaron á entrar los dones y los riquisimos azafates de dulces; por que al otro día se celebraba la union y aun estaba Inocencio creido en que Lineta era una víctima de la barbarie de unos padres tiranos y crueles.

Mil veces estuvo tentado de atropellar los criados y lanzarse á la habitacion de aquellos tigres, padres de su amada; pero le detuvo el temor de buscarle á esta un pesar, que la hiciese morir en el acto.

—¡La sacrifican! ¡Malvados! ¡Cruels! ¡Asesinos de la inocencia!—Estas eran las exclamaciones del infeliz amante, creyendo sin duda que estaba en la *edad media*, y que su amada era una niña sumisa, de aquellas que no se atrevian á alzar los ojos delante de los autores de sus dias.

El pobrecillo en su timidez, habia tratado pocas mujeres, y no sabia que las niñas de hoy, contestan á sus padres con toda resolucion.—¡Lo quiero! y lo quiero por que sí!—y se quedan con los ojos mas abiertos que tazas, mirando si se les replica, para contestar en tono mas fuerte. ¡Pues quiero, y requiero, si señor!

El se tragó la bola, como pez hambriento traga el anzuelo, y no volvió á dormir una hora, ni á probar apenas el alimento, convencido en que debia morir, puesto que su amada moriria, al dar el sí á su rival, y el lecho de los desposorios seria una tumba.

II

Llegó una noche en que se iluminó con régias arañas el salon de la casa de Lineta, y su alcoba nupcial con lámparas venecianas.

El jardin se puso hecho un ascua de oro de farolillos, y hasta los cuartos de los criados y los corredores estaban con tanta luz, como á la una del día.

Se dispuso un oratorio lleno de luces y de aromas y la niña se vistió como una palomita sin hiel, poniéndole sus mejores amigas la corona de azahar y el velo blanco de desposada.

Ella no hacia mas que pavonearse enfrente de un espejo, y decia allá para sus adentros:

—¡Caramba, qué bonita estoy!

Despues se entretenia en mirar las ricas cajas de joyas que tenia sobre el tocador, exclamando interiormente.—¡Qué hermosa iré á los festines donde me lleve mi esposo!

Y se probaba los aderezos y ceñia á sus brazos las pulseras, y enredaba cadenas á su garganta y abria el riquisimo reloj para ver si se aproximaba la hora, todo con la impaciencia del que no cree pueda realizarse tanta felicidad.

En tanto un bulto vagaba entre las sombras de la noche, vestido de negro, con el cabello desgreñado, la corbata sin nudo, el levisac flotando

á merced del viento, y todo su continente hecho una pena amarga.

En la oscuridad brillaban sus ojos desencajados, y rodaban por su rostro abundantes lágrimas.

—¡La sacrifican! ¡La sacrifican! era su grito desgarrador.

Y unas veces andando despacio, y otras pillando en cuatro zancajadas la calle de Lineta, aquel personaje de tragedia, suspiraba, gemía, y daba sollozos y quejas al viento.

Por último, después de ver llegar muchos convidados, unos á pié y otros en carruaje, vió bajar de una carretela, al novio y un Sacerdote.

—¡Esa union no puede verificarse! —iba á esclamar interponiéndose entre el ministro del señor y el esposo feliz, mas al lanzarse ciego hacia ellos, dió un fuerte pechugazo con cierto pollo alegre y gracioso, muy amigo suyo; pero con tanto de travesura y malicia, como él tenía de inocencia y credulidad.

El elegante jóven, que venia á la boda y sabia ademas los amores de *aquel pobrete*, como él llamaba á su romántico y novelesco amigo, lanzó una estrepitosa carcajada y exclamó:—

—¡Pareces un galancete de melodrama, chico!

Inocencio contestó delirando.—¡La casan por fuerza amigo mío! ¡la casan por fuerza!

Eduardo, que tal era el nombre del recién llegado, volvió á reir con mas estrépito aun.

Inocencio no estaba para comprender aquella risa y creyendo que era un arranque sarcástico exclamó:—

—¡Ries amargamente! ¡Tienes razon; pero yo voy á morir y ella tambien me seguirá á la tumba!

—Decididamente, estás loco, dijo Eduardo sacudiendo el brazo de su amigo.

—¡Loco! ¡Sí! ¡Loco! murmuró este; pero en breve desaparecerá mi locura. ¡Ella vá á morir y yo debo seguirla!—Y el desventurado Inocencio hechó á correr por aquellas calles, que le nacian alas, mientras Eduardo volvía á reir, internándose en el portal de la casa de la novia.

III.

Cuando llegó al gran salon donde se recibian los convidados, buscó el elegante con bastante interes á Lineta, figurándose que sufriria y que no seria indiferente á aquel desgraciado amante que deseaba morir é iba á aquellas horas pegando porrazos en las esquinas, casi perdido el juicio, y deseando encontrar quien le quitase del mundo, mejor que conformarse á la idea de perder la amada de su corazon.

Aunque Eduardo tomaba como una comedia las escenas amorosas, no pudo menos de sentir en su corazon cierto desasosiego, á vista del dolor de su amigo y casi se sentia tentado de acercarse al oido de Lineta, apenas saliese al salon, pálida y cadavérica, y decirla con toda la energia de su alma.

—¡Señora! aun es tiempo ¡No os sacrifiqueis, ni lo sacrifiqueis á él tampoco!...

Pero esto no pudo ser, por que nuestro jóven enmudeció, cuando vió salir á la novia, rodeada de amigas que reian alegremente, brillando en sus ojos la felicidad.

Lineta estaba animosa, alegre. Su color era sonrosado, sus labios tenían el encendido del coral, su pecho respiraba con esa satisfaccion que pro-

duce la dicha, y se miraba furtivamente, tranquila y orgullosa, en los grandes espejos adornados de bugias.

Eduardo se indignó al verlo, y sus labios palidecieron visiblemente; sin embargo, hizo cuanto pudo por ocultar aquella desagradable impresion y acercandose á la novia procuró convencerse, si era real aquel estado de satisfaccion, ó si fingia, por ventura.

Pero la descarnada realidad se presentó á sus ojos de una manera terrible, y sus ojos miraron con desdén y menosprecio, á aquella mujer de quince años, poco mas, ya con el corazon metalizado, estéril y frio.

Quiso huir del salon, hastiado de un mundo, cuyos umbrales apenas habia cruzado, y ya le inspiraba tédio y desesperacion; pero recordando su sistema de reir en vez de llorar, lanzó una carcajada, no sabemos si burlesca ó nerviosa, y cogiendo el brazo de su amigo empezó á pasear, mirando de vez en cuando simuladamente á Lineta, para convencerse mas y mas de su indiferencia y egoismo.

Presenció el acto de los desposorios, y en vano quiso escuchar una voz tímida y temblorosa, que le revelase algun padecimiento interior.

Aquel espiritu gozaba, no le cabia duda. Aquella mujer era completamente feliz.

Ni aun siquiera subia el carmin del rubor á sus mejillas, ni la modestia embargaba sus movimientos.

Nada por lo tanto la molestaba: ni los remordimientos, ni el embarazo natural de un acto, que decide del porvenir, y arranca las primeras ojas á la corona de virgen de las jóvenes castas y pudorosas.

Eduardo la vió bailar y reir, después de entregar su mano á un hombre que acaso no amaba; por que mujeres como Lineta no saben amar nunca, y lleno de indignacion y tédio se lanzó á la calle, deseando dormir para reir á otro dia en el café con sus amigos, de la credulidad de Inocencio, y del coquetismo cruel de la amada de su corazon.

IV.

Eduardo iba á dar dos fuertes aldabonazos á las puertas de su casa, cuando cruzó por su mente una idea, que conmovió su corazon.

—¡Capáz es de matarse ese imbécil por esa harpía bonita de quince años, con el corazon mas duro que el de un caiman!

Y diciendo esto á soto-voce, echó á andar precipitadamente hacia la modesta habitacion de su amigo Inocencio.

Bastantes calles habia que cruzar; pero él las pasó en un verbo, lo mismo que las muchas escaleras que conducian al cuarto del desesperado amante, sin embargo no llegó á tiempo de evitar la catástrofe; pues al subir el último peldaño una detonacion espantosa vino á anunciarle, que una mortífera bala habia puesto fin á aquel drama de costumbres, tan generalizado en nuestros dias.

El pobre Eduardo no pudo lanzar una de sus carcajadas, como hubiera querido, ni hacer caer el telon para no ver horrores.

Por el contrario, entró en el aposento, y en contró á su amigo, anegado en sangre.

(Se continuará)

VARIEDADES.

El domingo á las tres de la tarde tuvo la honra de ser recibida por SS. MM. la Directora de la **Academia Tipográfica** á quien acompañaba nuestro director y amigo el Sr. Llofriu y Sagra.

SS. MM. se dignaron aceptar varios ejemplares de *El Lugo*, uno de los primeros trabajos del Establecimiento, y una coleccion de **El Album de las Familias**, dando las mas expresivas muestras de su benevolencia nunca desmentida, y ofreciendo la Real proteccion para la **Academia Tipográfica**. Nuestros augustos monarcas que comprenden la importancia del pensamiento planteado por la señorita de Morales, y que ofrecen una mano protectora á todo el que hace algo en beneficio de las costumbres y para mejorar la educacion, propagando la lectura de los buenos libros, no podian menos de acoger benignamente á la Directora de la **Academia** que ha conseguido crear un porvenir para la mujer en ese establecimiento, proporcionándole trabajo y educacion moral y religiosa.

En la noche del sábado celebró sesion el **Liceo Español** en la cual la comision encargada de presentar el presupuesto cumplió su cometido, recibiendo un voto de gracias por su celo y actividad, y declarándose disuelta una vez satisfecho su encargo, que como hemos dicho, no era otro que la formacion del presupuesto para la inauguracion.

Despues de un debate sobre cuestiones económicas se acordó que siguieran sin interrupcion las sesiones en determinados dias de la semana, funcionando las secciones respectivas y siendo el viernes próximo la inmediata reunion.

Se dispuso que los reglamentos de las secciones fuesen formulados por las juntas especiales y dos, agregados y que en vista de lo avanzado de la estacion deseando que **El Liceo** estuviera ya organizado el dia de la sesion pública inaugural, se aplazase esta para cuando ya se hallase la sociedad funcionando con sus tres secciones literaria, científica y artistica.

La segunda parte de la sesion fué puramente literaria leyendo bellisimas composiciones los señores, Sist, Blanco Goloburdas y Fernandez Monje. El señor Fernandez Arrea leyó un capitulo de su precioso libro: *Estudios sociales sobre la Educacion de los pueblos*.

El señor D. Eduardo Bustillo dió lectura de algunas páginas de las *Escenas montañosas* del inimitable escritor de costumbres señor Pereda, que obtuvieron como la obra del señor Fernandez Arrea, entusiastas aplausos. Reciba el señor Pereda, ya que se halla ausente, los plácemes de la juventud literaria de Madrid que aprecia en lo que valen las bellezas de aquel libro.

Quedaron en el archivo con destino á la **Biblioteca** un ejemplar de la aplaudida obra del señor Fernandez Arrea y dos del *Almanaque* para el año 66 escrito por *El Indiferente*.

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros lectores que las exposiciones dirigidas al Congreso y al Senado por la Directora de la **Academia tipográfica** han sido tomadas en consideracion.

El Sr. D. Ramon Campoamor, al honrar con su proteccion á la **Academia** ha dirigido una atenta carta á la Srta. de Morales, ofreciendo cuanto le sea posible hacer en beneficio de un establecimiento cuya tendencia no puede ser mas laudable.

Hoy publicamos, una de sus bellisimas doloras inéditas, agradeciéndole sinceramente en nombre de la señorita de Morales, su delicada atencion.

El **Album de las familias** al recibir esta honra, envia la expresion de su gratitud al eminente poeta, amante de la juventud literaria, y protector de los pensamientos que significan un paso en la senda de la moralidad y de los adelantos.

Debemos agradecer el interés con que todos los suscritores miran esta publicacion y procuran contribuir á que aumente el número de lectores de **El Album**. Son para nosotros altamente satisfactorias las manifestaciones que se nos dirigen aplaudiendo la tendencia del *semanario* conforme con el pensamiento de la Srta. de Morales; y tan sinceros plácemes constituyen la mas legitima recompensa de nuestros esfuerzos.

Cada dia introduciremos mejoras notables en **El Album** correspondiendo al favor que el público nos dispensa.

En uno de los próximos numeros publicaremos otro grabado que ofrece remitir desde Valencia el Sr. Sanmartin de Aguirre, protector incansable de la **Academia tipográfica**.

El apreciable director de la **Academia de bellas artes** D. Federico Madrazo, ha elevado una exposicion al que lo es de Instruccion y Obras Públicas manifestando que, no existiendo edificio ninguno del Estado en esta corte con las condiciones necesarias para celebrar en él la próxima exposicion de pinturas, seria conveniente la construccion de uno provisional, consagrado al efecto, en el solar destinado para Biblioteca y museos nacionales y en el paraje mas cercano al paseo de Recoletos. Piensa el Sr. Madrazo que, habiendo de durar algunos años las obras de aquel edificio público, el provisional que para exposicion se construyera, podria prestar sus servicios durante algun tiempo, no solo para el objeto artistico indicado, sino para sala de consejo de obras, direccion facultativa inspeccion permanente, etc., etc.

Nuestros distinguidos amigos los señores D. Manuel Senante y D. Rafael Chamorro, director y vicedirector del instituto de 2.^a Enseñanza de Alicante, han sido nombrados individuos correspondientes de la **Academia de la Historia**. Celebramos esta recompensa que merecen su talento y su incansable laboriosidad. A los que nos honramos con haber sido sus discipulos nos enorgullecen tan justas consideraciones.

EDITOR RESPONSABLE.—D. Toribio Ruiz.

Imp. de la **Academia Tipográfica**,

DIRIJIDA POR LA SEÑORITA JAVIERA MORALES,

Leganitos 47, bajo, y San Marcial 1.

Toribio Ruiz